

FICCIONES

EL OVEJERO

por

Juan José Delaney

Como estaba seguro de que esa sería la última vez, miró detenidamente la fachada del imponente Fahy Farm donde mal o bien había recibido las armas que le permitirían abrirse camino en la vida. Sin sentimiento alguno de gratitud y no poca alegría se permitió una mueca en la que se fundieron cierta nostalgia y también un inexplicable entusiasmo por la nueva etapa que habría de emprender con apenas un certificado de sexto grado aprobado y buena conducta. Después cargó la valija y, caminando nomás, se dirigió a la estación Moreno. En el tren se dijo que tras una temporada de trabajo en el campo con sus padres y hermanos dejaría San Andrés de Giles para fijar residencia en la gran ciudad, emplearse en una compañía importante, ganar dinero y volver para dedicarse a la producción ovina porque esa era su vocación y tal había sido la de sus frustrados padres y abuelos. No: él no iba a terminar de puestero como todos ellos. Sobre estas cuestiones reflexionó muy seriamente Juan Delamer, llamado Jack, aquella mañana de principios de diciembre de 1936 en que, tempranamente, concluyeron sus limitados estudios formales.

La estadía en el campo duró más de lo que su optimismo había previsto ya que recién después de cumplidos los dieciocho, y tras reencontrarse con un camarada del Fahy que lo instó a la acción, resolvió largarse a Buenos Aires. Fue junto a ese Charlie Maguire que se vio recorriendo las calles porteñas en busca de una pensión. Recalaron en la zona del Congreso, en la calle Solís. La mujer que les ofreció una pieza, desayuno y cena no vaciló en exigirles

dos meses de adelanto. Inmediatamente se concentraron en la búsqueda de un empleo. No tenían recomendaciones pero el *Buenos Aires Herald* era, para quienes poseían la lengua inglesa, el medio eficaz para entrar en la franja productiva. Esa ventaja lingüística Jack se la debía a su padre que había entrevistado las posibilidades del idioma comercial y siempre había sostenido su uso en el ámbito familiar y social; su madre, misteriosa e infructuosamente, había querido resucitar el gaélico, moribunda lengua irlandesa en la que ella percibía algo esencial. Lo cierto fue que Jack contestó dos avisos en los que requerían un «office boy»; de uno de los destinatarios de sus trémulas cartas tuvo noticias rápidamente.

Muy contento se veía al joven Juan Delamer la mañana aquella en la que se apersonó en la oficina del señor Timothy Fox. A partir de esa entrevista en inglés todo le pareció más o menos fácil y siempre habría de recordar la fecha exacta en que traspasó las puertas de las oficinas centrales de Liebig's Extract of Meat Co. para empezar a trabajar de cadete: fue el 16 de febrero de 1940. Las latitas de *corned beef* marca «Liebig» eran conocidas por él quien pronto supo que la compañía, cuyo frigorífico estaba radicado desde 1903 en el pueblo de Liebig, cerca de Colón, Entre Ríos, y que se especializaba en enlatar carne que enviaba a Europa, transitaba por un período floreciente gracias a la Segunda Gran Guerra. Como a su jefe inmediato, poco y nada le importó trabajar para una corporación inglesa: es que la voluntad de reunir dinero e iniciarse como ovejero en algún punto de la campaña bonaerense aún animaba

sus pasos y era, en rigor, su meta central.

El choque con la nueva realidad, tanto en la pensión como en la oficina, pudo haber sido devastador de no ser por su fuerte identidad e inflexible formación. Sólo cuando los ejecutivos condescendían a una breve conversación en inglés y las secretarias, también en esa lengua, le asignaban tareas, o cuando tras la jornada intercambiaba impresiones con Charlie (quien había obtenido ya un puesto en las oficinas que el Ferrocarril tenía en Retiro) se reconciliaba él con el mundo. En cuanto a San Andrés de Giles, las ocasionales visitas fueron pronto sustituidas por breves cartas y finalmente reducidas a las vacaciones. Fue el contacto diario con otros cadetes o empleados y con los comensales de la pensión lo que lo convenció de que la vida real no era aquello que los muros del Fahy Farm habían delimitado; tampoco, la recortada vida familiar condensada en el trabajo, las obligaciones religiosas y el ocasional esparcimiento en clubes de la comunidad irlandesa de Giles y alrededores.

Quizás lo más impactante fue el lenguaje vulgar o procaz al que los otros recurrían para designar lo cotidiano. Fue inevitable que poco a poco Jack fuera incorporando nuevas voces a su pulcro diccionario bilingüe.

Otra experiencia que lo descolocó fue ver cómo se desarrollaban ciertas relaciones entre hombres y mujeres, al menos las de muchos de quienes lo rodeaban. Es que, por dar un ejemplo, algunos de sus nuevos amigos solteros pasaban de las palabras a la acción, destinando los fines de semana a fornicar en los prostíbulos del Tigre. Eso estaba muy lejos de las enseñanzas que él había recibido de los severos padres palotinos. Por cosas así, tanto a él como a varios de sus paisanos les costaba integrarse. Agravaba la situación el hecho de que, siguiendo el mandato familiar de casarse con una chica de familia irlandesa, junto con Charlie consagraba sus propios fines de semana a merodear por la calle Salguero al 500 donde se alzaba, vivaz, el *Irish Girls' Home*, pensionado para jóvenes de la colectividad que trabajaban en el centro, buscaban un empleo o hacían escala ahí tras llegar del campo a la ciudad.

Fue en ese tramo del barrio de Almagro donde Jack Delamer conoció a Pochita MacNamara. Era ella exalumna del Saint Brigid's pese a lo cual acusaba unas ganas locas de vivir, de ser feliz. La advertencia recibida en esa institución según la cual hemos venido al mundo para sufrir no la había con-

vencido en lo más mínimo. De hecho ella pensaba todo lo contrario. En síntesis: era la mujer apropiada para Jack, la que lo acompañaría en su proyecto ovejero y en cualquier otra empresa. También ella venía del campo pero tras haber terminado el puplaje en el colegio de las Sisters of Mercy optó por no volver a Suipacha y probar suerte como oficinista. Esa decisión la ayudó a emplearse como secretaria en la compañía naviera J. E. Turner. En términos generales, y sin mayores exigencias, Pochita Mac Namara se consideraba en esa época más o menos dichosa. Pero cuando conoció a Jack entendió que había llegado el momento de planificar su vida, de organizarla en función de un proyecto común. Ocurría que adoraba a los niños y lo que más deseaba era tener una familia, sí: una familia numerosa, como correspondía.

Fue en circunstancias tales que el bueno de Jack se encaminó, mansa y alegremente, al matrimonio. El segundo año de noviazgo los encontró al galope rumbo al altar. A eso contribuyó grandemente el hecho de que él ya había empezado a «hacer carrera» en Liebig: antes del año lo habían promovido a las oficinas, lo comisionaban para gestiones de cierta importancia en Entre Ríos y no mucho después le asignaron el cargo de sub-jefe administrativo. Tomaron entonces la decisión de casarse. Aunque vivían cerca de la capital, la boda tuvo lugar en el templo de San Patricio, en Mercedes. Algunos de los que estuvieron en ese evento todavía recuerdan la multitudinaria ceremonia y los hectolitros de alcohol que avivaron la fiesta; pero más que eso, el intransferible impulso vital que las miradas de los novios revelaban.

Se establecieron en Santos Lugares, cerca del Ferrocarril, donde alquilaron un pequeño chalet situado en la calle Martínez de Hoz que, con los años, un préstamo del Banco Provincia les permitió adquirir.

En apenas una década (que a Jack siempre le pareció vertiginosa) tuvieron seis hijos. En ese mismo tiempo, aquel hombre de impecables trajes oscuros y variadas corbatas que todas las mañanas a eso de las siete se encaminaba, disciplinado, a tomar el tranvía del Lacroze rumbo a la oficina, continuó ascendiendo lo que permitió que Peggy dejara la agencia marítima para ocuparse de los chicos.

Mucho después la escena recurrente en la memoria de Jack sería aquella en la que, siempre a fin de mes, volvía a casa con el sueldo y el paquete de conservas que le daban en el frigorífico, lo que originaba gran excitación en Peggy y los chicos quienes,

rodeándolo, despedazaban el envoltorio. Pequeñas felicidades como esa contribuían a atenuar el paso del tiempo dando forma a una realidad que parecía compensar el postergado sueño ovejero, porque anclado en la ciudad y amarrado a toda clase de obligaciones, poco a poco Jack dejó de hablar del viejo plan de su primera juventud.

Sin embargo una vez, tras dos días en Entre Ríos, Jack se apareció en casa no con el habitual paquete de conservas ni con las revistas infantiles con que solía sorprender a los chicos sino con un cordero de muy pocos días de vida. Se lo había ofrecido un operario que vivía en Colón y que trabajaba en Liebig y él, sin pensarlo, lo había aceptado. El bíblico animal causó revuelo en la casa: los niños se peleaban por darle la mamadera, por cuidarlo y hasta aspiraron a que durmiera con ellos. Pero no: el amplio fondo de la casa sería el hábitat de quien, previsiblemente, recibió el nombre de Daisy.

Los balidos de Daisy pasaron a sustituir al reloj despertador y a devolverle a Jack imágenes felices de su infancia en el campo que ahora a él le parecía ilimitado, tan distinto del breve predio de atrás.

Durante el receso invernal del año en que Daisy llegó a la casa los Delamer aceptaron, una vez más, la insistente invitación de los abuelos para que los chicos pasaran unos días en San Andrés de Giles. Peggy fue con ellos y en el tiempo que estuvo solo en la casa más de una vez Jack reflexionó sobre la bendición que su numerosa familia significaba para él.

El primer sábado se encontró con que tenía casi todo el día libre y no mucho que hacer porque entonces del jardín se ocupaba, incesante, Daisy. Decidió, entonces, premiarse con un pequeño asado que consumió acompañado de la radio, de intermitentes balidos y de una botella de vino tinto. Jack bebía discretamente pero aquel mediodía tomó más que lo habitual.

Luego de limpiar y ordenar todo, se encaminó a la habitación para dar cuenta de la siesta, esa ineludible ceremonia de la que nunca se privaba los fines de semana.

Tras dejarse poseer por un profundo sueño que lo marginó de este mundo por cerca de dos horas, un súbito llamado que sólo Jack Delamer escuchó lo arrancó del lecho. Sentado en la cama, caviló unos segundos, se incorporó y, como obedeciendo a un

preciso mandato, se puso el pantalón del traje, se metió dentro de la camisa blanca y se dirigió al ropero de donde extrajo cuatro de sus mejores corbatas. Tomado por un misterioso ímpetu las ató una con otra y con lo que entonces pasó a ser una larga cuerda se lanzó raudamente a buscar a Daisy en cuyo cuello fijó una de las puntas. En seguida ganó la calle y se plantó en la vereda donde permaneció un instante como dudando acerca de qué rumbo tomar. Serían las cinco de la tarde y fueron muy pocos los que pudieron sorprenderse de ver al circunspecto «inglés» en tal inexplicable situación. Fija la mirada en algún punto de su pasado, Jack dejó que el animal empezara a andar, lo que hizo con lentitud para pronto ir ganando velocidad. El paseo se transformó así en una carrera que cubrió varias calles incluida la intensa avenida La Plata donde los dos paseantes no respetaron señales, automóviles ni a los transeúntes que, entre risas, se detenían a presenciar la escena. Gradualmente un conglomerado unánime de chicos terminó acompañando el frenético recorrido en medio de gritos, silbidos y carcajadas.

Al retornar a la calle Martínez de Hoz, una multitud de vecinos advertida del espectáculo lo esperaba en medio de burlas, risotadas y expresiones de toda índole. Extenuado, Jack se detuvo en la puerta de su casa y dirigió al estupefacto vecindario una sonrisa que condensaba la plenitud que apenas veinte minutos de libertad le habían deparado. Luego traspasó el umbral con lo que el muchacho que aún pervivía en él dio por finalizada aquella manifestación mínima de su sueño irlandés.

Juan José Delaney es profesor de Letras, egresado de la USAL. Ha publicado *Papeles del desierto* (cuentos, 1974-1991), *Tréboles del sur* (cuentos, 1994), *Moirá Sullivan* (novela, 1999) y *Marco Denevi y la sacra ceremonia de la escritura* (ensayo biobibliográfico, 2006). «El ovejero» integra la serie de cuentos sobre irlandeses en Argentina titulada *El arpa y el océano*, que Ediciones Corregidor dará a conocer próximamente.